

EDAD MEDIA: RESUMEN DE

AGUSTÍN DE HIPONA (354- 430)

Agustín de Hipona es considerado el principal representante de la Patrística latina. Vivió en la frontera entre dos civilizaciones: se le considera el último romano y el primer medieval. Intento hacer una síntesis del dogma cristiano y el pensamiento pagano, adaptando a las creencias cristianas el pensamiento de Platón (a través del neoplatonismo). Toda la filosofía de san Agustín expresa el esfuerzo racional de comprender la verdad que se encuentra en la fe cristiana. Razón y fe son realidades distintas, pero se complementan: credo ut intelligam (creo para entender).

DEL PROBLEMA DEL SER HUMANO

Para San Agustín, el hombre es ante todo criatura de Dios, hecho a su imagen y semejanza que se compone de cuerpo y alma. Sus argumentos para defender la inmortalidad proceden del platonismo: el alma de naturaleza simple no puede descomponerse, ya que no tiene partes, por lo que ha de ser inmortal. La realidad más importante es el alma, pero no considera que esté encerrada en el cuerpo sino que está unida a él de modo natural. Su concepción del cuerpo no es negativa, puesto que todo es creación de Dios y por tanto es bueno en sí mismo: en este punto se separa de la visión platónica.

San Agustín negó la teoría platónica de la preexistencia del alma y explica el origen del alma mediante la teoría del traducianismo, según la cual, el alma se transmite de padres a hijos; de este modo se podría explicar la transmisión del pecado original.

El yo tiene tres facultades que le hacen ser una única persona: memoria, entendimiento y voluntad. La memoria que hace posible la reflexión y permite unir el presente y el pasado creando la identidad personal. El entendimiento permite la comprensión (incluye la razón inferior y la razón superior) y la voluntad, que conduce al amor y a la felicidad y que solo se pueden encontrar plenamente en Dios.

Para Agustín, el conocimiento de las verdades eternas no pueden ser desarrolladas a través de los sentidos sino que se deben buscar en la intimidad de la conciencia, en el alma, donde Dios las ha puesto y por tanto el hombre debe descubrirlas en su interior. La verdad, por tanto, no está en la realidad sino en el alma y se conoce a través de una iluminación divina. Es la acción directa de Dios en la mente humana. El hombre descubre con la luz de Dios verdades eternas impresas en su corazón.

La antropología agustiniana es un proceso de interiorización que lleva al hombre más allá de sí mismo hasta llegar a Dios (autotrascendencia) como se relata en su primera obra, **las Confesiones**, quizá la autobiografía más leída de la historia. El objetivo de la filosofía de san Agustín, común a muchos filósofos de la Antigüedad, es alcanzar la verdad y la felicidad. San Agustín identifica la verdad con una Persona,

Cristo, que es también la felicidad y el amor. En esto consiste la salvación y para ello es esencial el protagonismo de la voluntad libre: “Dios que te creó sin ti, no te salvará sin ti”

El tema de la libertad lo desarrolla en su obra *De libre arbitrio*, en la que distingue entre libre albedrío- la capacidad de elegir entre el bien o el mal- y la libertad- la elección del bien con la ayuda de la gracia-. Dios como Sumo Bien no ha podido darnos la libertad para pecar, sino para obrar bien. Y para esto y poder alcanzar la salvación (fin último) no basta con la voluntad porque el hombre está herido por el pecado original, sino que se necesita la gracia de Dios.

EL PROBLEMA DE LA ÉTICA

El objetivo de la filosofía de san Agustín, común a muchos filósofos de la Antigüedad, es alcanzar la verdad y la felicidad, que para él se identifica con una Persona, Cristo. El hombre es imagen y semejanza de Dios y puede encontrar a Dios, como en un espejo, en la intimidad de su alma. Y por eso, apartarse de Dios es como quedarse vacío. El peso que debe mover al alma es el amor —*pondus meum amor meus*—, y ese amor es el centro de toda la ética agustiniana, que se resume en el famoso imperativo: *ama y haz lo que quieras*.

Su planteamiento ético está muy relacionado con su propia vida. El problema del mal obsesionó a san Agustín y le hizo adoptar, a los 19 años, el dualismo de la solución maniquea: que defendía la existencia de un principio del bien y otro del mal (la luz es la fuerza del bien y toda materia es mala). Como consecuencia, el hombre no era responsable de sus acciones malas porque no tenía una voluntad libre, sino que estaba dominado por el principio malo.

Posteriormente Agustín, una vez cristiano, se plantea que, si Dios es el Bien y de Él proviene todo, ¿cómo es que existe el mal?. Distinguió dos tipos de males: el mal metafísico y el mal moral (una mala acción o, en términos religiosos, un pecado). Para resolver el problema de la existencia del mal metafísico utiliza la explicación neoplatónica según la cual el mal no sería algo positivo, sino la carencia del bien. El mal consistiría en el alejamiento de la perfección divina (una privación, un no-ser). Además está el mal físico (las enfermedades) que para Agustín son una consecuencia del pecado original y sólo una apariencia de mal pues desde la fe, son un medio para unirse a Jesucristo crucificado.

El mal moral por el contrario procede de la libertad humana y no es querido por Dios. Este tema lo desarrolla en una de sus obras más importantes *De libre arbitrio*, en la que argumenta sobre cómo puede Dios permitir el mal dando al ser humano la libertad. La respuesta será que Dios como Sumo Bien no ha podido darnos la libertad para pecar, sino para obrar bien. San Agustín distingue entre libre albedrío- la capacidad de elegir entre el bien o el mal- y la libertad- la elección del bien con la ayuda de la gracia-. El mal moral es el abuso que el hombre comete de su libre albedrío, y por ello, es responsable personalmente del pecado cometido. Por otro lado, la libertad es necesaria, porque sin libertad no habría responsabilidad moral no seríamos ni buenos ni malos por lo que Dios no podría ejercer la justicia dando a cada uno el premio o el castigo que merece por sus acciones. La voluntad humana tiende al bien y a la felicidad, fin supremo que sólo se consigue en la otra vida, con la contemplación y amor de Dios cumpliéndose así la auténtica libertad.

Al mismo tiempo el ser humano está herido por el pecado original y necesita la gracia (ayuda de Dios) para actuar moralmente bien. Se podría pensar que la gracia determina al hombre y le quita libertad.. San Agustín refuta dos herejías: por un lado, la tesis de Orígenes que defendía que la salvación no depende del

hombre y la herejía del pelagianismo que consideraba que el hombre no estaba condicionado por el pecado original y no necesitaba la gracia para salvarse. En definitiva, para Agustín, libertad y gracia se necesitan mutuamente

EL PROBLEMA DE LA SOCIEDAD Y DE LA POLÍTICA

Agustín de Hipona desarrolla su filosofía política en su obra cumbre: *De civitate Dei*. Esta obra está escrita a raíz de la caída de Roma en manos de los visigodos y la desmembración del imperio romano. Los paganos habían culpado a los cristianos de tal desastre, argumentando que la causa de la destrucción había sido el abandono de los dioses tradicionales en favor del cristianismo. El autor estaba conmocionado por el hecho de la desaparición de una civilización entera -fue un espectador privilegiado- e intenta explicar tales hechos partiendo de la concepción de la historia que expresa con la metáfora de la lucha de dos ciudades: “Dos amores distintos fundaron dos ciudades: el amor propio, llevado hasta el desprecio de Dios, fundó la ciudad terrena; el amor a Dios, llevado hasta el desprecio de sí mismo, fundó la ciudad celestial”. Estas dos ciudades están mezcladas en cualquier sociedad a lo largo de la historia y su lucha entre las dos ciudades continuará hasta el final de los tiempos, en que la Ciudad de Dios triunfará sobre la terrenal, apoyándose San Agustín en los textos sagrados del Apocalipsis.

San Agustín redactó *De civitate Dei* como una enorme obra en la que reflexiona sobre el sentido de la historia y la concibe como el escenario donde Dios se manifiesta al hombre y donde se produce la salvación. La historia es lineal teniendo un principio, la creación, y un fin, el Juicio Final, y adquiriendo un significado global en ese final de los tiempos siendo Jesucristo su centro. En contra de la concepción griega del tiempo que es cíclica ya que el mundo para ellos no tenía principio ni fin, era eterno. Agustín defiende que el desarrollo de la historia es un proceso en el que el hombre es movido por Dios para la consecución del bien universal. La Providencia divina lo abarca todo, la existencia del bien que Dios quiere, y la presencia del mal que Dios permite para que se obtenga de él beneficios mayores. Hay una historia personal protagonizada por cada hombre y su libertad, como queda manifiesto en las Confesiones, y una historia de la humanidad que está en las manos de Dios.

La existencia de “las dos ciudades” tiene importantes repercusiones políticas y sociales. San Agustín acepta que la sociedad es necesaria, siguiendo la teoría de la sociabilidad natural de Aristóteles. Piensa que la vinculación del hombre con la sociedad se debe más al ejercicio del amor que a las leyes. Las sociedades y ciudades estarán más unidas según busquen el amor espiritual y moral; y más desunidas si buscan el dominio y la guerra.

Respecto al Estado, como ciudadano de Roma, creía en la tradición de un Estado con leyes, y como humanista coincidía con Aristóteles y Platón en que el objetivo del Estado es facilitar que su pueblo lleve una vida buena y virtuosa. Para un cristiano esto significaba vivir según las leyes divinas y también aceptar la legitimidad del Estado para exigir al cristiano obediencia a las leyes civiles (de acuerdo con la máxima evangélica de dar al César lo que del César y a Dios lo que es de Dios) El Estado, institución profundamente natural, debe velar por el bienestar, la paz y la justicia, impregnado en lo posible de los valores cristianos, pues toda potestad viene de Dios. Al mismo tiempo, tiene que prestar a la Iglesia el

apoyo de su poder, para que ésta pueda realizar plenamente su misión. San Agustín defiende la idea de que sólo en un Estado verdaderamente cristiano se puede alcanzar la verdadera justicia.